

*Selecta*; nos dice categóricamente que aparecieron del número 1 al 61, en circunstancias que hemos visto hasta el número 64, correspondiendo éste al cuento «Mal de Amor», por Luis Durand; el número 63, al de Victoriano Lillo: «Humo en el Mar»; y el número 62, corresponde a «El matador de tiburones», por Salvador Reyes, (2.<sup>a</sup> edición).

La publicación de *Lectura Selecta* no terminó en febrero de 1928, sino en julio del mismo año. (S. E. u O.),

A pesar de los detalles y escollos debemos reconocer la investigación y el trabajo hechos por Raúl Silva Castro. El estudio muestra gran riqueza de información. La bibliografía es copiosa. Este aporte literario da la impresión de un crítico con características de historiador. Nadie había tratado el cuento chileno en la forma y proporción con que lo ha hecho Silva Castro. El estudio es de mérito y digno de elogio. La Antología resulta provechosa.

Las ediciones hechas por la Editorial Zig-Zag, de «Los Cuentistas chilenos», y de «Antología del Cuento Hispanoamericano», son de elegante presentación y están bien impresas.—LEÓN BARD.

<https://doi.org/10.29393/At180-12CGFS10012>

### CONSEJAS DEL GRAN RÍO, de *Edmundo de la Parra*

El autor es un joven estudiante del último curso del Instituto Pedagógico. Colabora constantemente en revistas universitarias. Pertenece al grupo literario «Angurrientismo», formado por escritores jóvenes como Fernando Alegría, que es bastante conocido por su novela biográfica «Recabarren» y además por su estudio crítico «Ideas estéticas de la poesía moderna»; el poeta Claudio Indo, que lanzó al público de los Estados Unidos su libro de poesía «Un hombre apunta a su imagen»; Víctor Franzani, con sus dos poemarios: «Anfora de sueño» y «Arquitectura de la sombra», y Juan Godoy, recio novelista,

que aun las prensas chilenas no han editado su gran novela «Angurrientos». Este grupo pretende la nacionalización literaria tanto en poesía como en novela. Edmundo de la Parra consigue el precepto angurrientista. «Consejas del gran río», es una introspección de lo autóctono de nuestra tierra. Ha ido hacia la región bañada por el Biobío y ha tomado los cuentos populares, tradiciones y fantasías de este lugar revistiéndolos de estilo moderno y dándoles calidad literaria.

Dieciocho cuentos forman el libro. Pequeños trazos de elementos inverosímiles dan gracia y fluidez a estas «Consejas del gran río». En «Un pequeño dios persigue la ventura», al personaje principal lo denomina «el sorprendido»; éste es un hombre que huye de la ciudad hacia la vida montañesa del sur. El tren donde venía el sorprendido, después de recortar cerros y pildorizar el tiempo, lanzó su agudo anuncio y el pueblo punta de riel apareció detrás de la ramazón de las quintas, con sus modestas casas. Se apretujaron las gentes en el andén y bandadas de corteros se lanzaron a los carros en acción de piratas, a ganarse unas chirolas. Después de los instantes precisos, de los saludos y del recibimiento de encargos de los otros viajeros, el forastero, particularmente, debió bajar e irse. Lo miraban tranquilamente unas niñas gráciles con sus trajes veraniegos. El era un hombre extraño, un sorprendido que huía por muchas razones dignas de tomarse en cuenta, pero que nadie las debía saber ni llamar la atención». El sorprendido camina por algunas calles y tropieza con tres o cuatro cocinerías. «Elegió la del título más rangoso, «El buey lacho». Aquí le suceden algunos accidentes inesperados con gentes del pueblo. Se va a caballo hacia el campo. «El amplio valle venía a sus ojos. Hablaba consigo mismo y saludaba a los pájaros. Algunos filos de paja asomaban sus puntas de dedos amarillos en las vegas; y al lado derecho la franja tórtola del Biobío, corriendo en medio del paisaje». El sorprendido hace este viaje sin darse cuenta por qué lo hacía. Era siempre provocado por aterradoras

pesadillas. El sorprendido huye hacia ninguna parte. La naturaleza lo alivia. «Pasa por lugares sombríos y húmedos, respira a pulmón lleno como comiendo la voraz frescura que surge de los espesos quilantos».

De la Parra hace reflexionar y aun imaginar una historieta llena de gracia. Y esto es lo que entretiene la lectura de todos los cuentos. Sufre el sorprendido un desamor. He aquí con quien se compara: «Un chinche, como todos los chinches, que vivía entre las junturas de un madero. De repente amanece con la mentalidad de un hombre, es decir, con todos los atributos de hombre, amando, sabiendo leer, soltero, con la misma cultura y las mismas pretensiones. Pero como es un chinche, solamente con el cuerpo de un chinche, despreció a las chinchecitas y se enamora de aquella mujer que duerme en el catre donde él habita y empieza a llamarla y a requerirla de amor. Pero su voz sólo alcanza a unos diez centímetros de distancia a la redonda, sube hasta ella y le besa los muslos, y cada beso es una succión y una roncha. El chinche se desespera, sufre, se siente infeliz, mal interpretado. El sorprendido era como el chinche en esa amargura». He aquí una manera graciosa e irónica para ridiculizar a los amorosos incomprensidos. Así como en este cuento encontramos también en otros, detalles y minucias agradables. Pero hay también detalles y minucias con cierto afán humorista que desvaloriza páginas enteras, y que restan seriedad a la narración.

Encontramos gran intuición literaria en el autor de «Consejas del gran río». Vemos falta de autocrítica. El humorismo que a veces logra ampliamente, se transforma en su peor enemigo. Hay en estas consejas, gracia, fluidez, imágenes bellas, acción animada: por ejemplo, véase, «El Bucha salvó pacíficos araucanos» y «Los pececitos de Mamita Temblor».

Demuestra Edmundo de la Parra con sus páginas pícaras, sentenciosas, sentimentales, fantasiosas, descriptivas y vivaces a un escritor joven de gran porvenir. Sin embargo, notamos

falta de equilibrio de pensamiento y de selección. Esto no quiere decir que no haya en «Consejas del gran río», páginas de colorido, poesía y fuerza autóctona, expresiones populares usadas a tiempo, logrando un haz de cuentos folklóricos de indiscutible mérito.—FRANCISCO SANTANA.



DEL VENERO NATIVO.— Poemas, por *Jorge González Bastías*.  
Nascimento, Santiago

Hace unos quince años, nos fuimos con un buen amigo a pasar algunos días de veraneo a Constitución. Después del galopar frenético del tren por las cómodas extensiones del Valle Central, nos tocó sentir, al traspasar en Talca, el áspero traqueteo del trencito—especie de pingo viejo, maguer chúcaro—que baja renqueando y a trastabillones hacia el mar, el que, a cada revuelta del camino, hacía amagos de querer tirarnos por las ventanillas abiertas del coche.

Abiertas, bien abiertas al insólito paisaje, llevábamos nosotros las ventanas vivas de la curiosidad. ¡Siempre fuí yo goloso de panoramas, de insólitos panoramas objetivos y subjetivos! Y bien; era el paisaje que íbamos disfrutando, tan «personal», tan maravilloso y luminoso, y tan ascético a la vez; y con aspectos tan variados y con una esencial continuidad tan única, que movidos por un impulso de entusiasmo, dejamos nuestros asientos y nos fuimos a la plataforma, a devorar «a toda alma» el manjar novedoso que a cada vuelta del camino y a cada barquinazo del trencito, la suerte nos iba deparando. Afianzados a las barandillas, desafiábamos los fieros zangoloteos, el humo, y el carboncillo y el ruido de la ferretería. A ambos lados del Cajón, de ese legendario Cajón del Maule, los cerros erguían sus altos murallones; verdes, cubiertas las laderas de umbríos bosques y de helechos, a este lado; y al sur, hacia el otro lado,